

CAPITULO X.

Se encaminaba el príncipe Eugenio el 3 de noviembre hácia Viazma, en que sus equipages y artillería le precedían, cuando el primer albor del día, le mostró á un mismo tiempo amenazada su retirada en la izquierda, por un ejército, cortada su retaguardia en la espalda, y en su derecha la llanura cubierta de rezagados y carros esparcidos, huyendo de las lanzas enemigas. Oye al mismo tiempo hácia Viazma, que el mariscal Ney que debía socorrerle peleaba para su propia conservacion.

No era este príncipe de aquellos generales hechuras del favor para quienes todo es imprevisto por falta de experiencia; al punto contempla el mal y el remedio; se detiene, hace cara, tiende sus divisiones á la derecha de la calzada, y con-

tiene en la llanura las columnas rusas que trataban de hacerle perder aquel camino. Aun pasando ya las primeras tropas enemigas mas allá de la derecha de los Italianos, se habian apoderado de ella en un punto en el cual se mantenian, cuando Ney despachó de Viazma uno de sus regimientos que las atacó por la espalda y les hizo abandonar lo ganado.

Compans, general de Davoust, une al mismo tiempo su division con la retaguardia italiana; abren camino, y mientras que pelean incorporados al virey, se escurre Davoust rápidamente detrás de ellos por el lado izquierdo del camino real; atravesándole despues luego que los ha pasado, reclama su puestos de batalla, toma el ala derecha y se encuentra entre Viazma y los Rusos. El príncipe Eugenio le cede aquel terreno que él ha defendido y pasa al otro lado del camino: comienza á extenderse el enemigo entonces delante de ellos y trata de pasar mas allá de sus alas.

Con el acierto de aquella primera maniobra, los dos cuerpos franceses é italianos no habian conquistado la facultad de continuar su retirada, sino unicamente de defenderla: les quedaban treinta mil hombres todavía, pero habia algun desorden en el primer cuerpo de Davoust. Aquella precipitada evolucion, aquella sorpresa, tanta miseria, y especialmente el fatal egeemplo de infinitos soldados de caballería, desmontados, desarmados, corriendo de un lado á otro enteramente despavoridos, desorganizaron el cuerpo del mariscal.

Se alentó con aquel espectáculo el enemigo, el cual se fingió una derrota: su artillería era superior en número; maniobraba á galope; tomaba de soslayo el flanco de nuestras líneas que barria, cuando los cañones franceses en Viazma ya, y que les hacian volver de priesa, se arrastraban con dificultad. Sin embargo, Davoust y sus generales tenian al lado todavía sus mas firmes soldados. Se

veia que muchos de aquellos gefes, heridos desde el Moskwa, los unos con caestrillos en los brazos, los otros con la cabeza vendada, sostenian á los mejores, retenian á los mas inmutados, se echaban sobre las baterías enemigas, las hacian retroeder y aun se apoderaban de tres piezas suyas; asombraban finalmente al mismo tiempo á los Rusos y á nuestros fugitivos, y luchaban contra el mal egeemplo con suma admiracion.

Conociendo entonces Miloradowitch que se le escapaba su presa, pidió socorro, y otra vez Wilson, que se hallaba en cuantas partes podia perjudicar á la Francia, voló á llamar á Kutusof. Halló al anciano general descansando con su egército al ruido de la batalla; apresurándole con aquellas circunstancias el activo Wilson, le incita en balde, y no puede conmoverle. Fuera de sí con la indignacion le llama traidor, le declara que al punto mismo uno, de sus Ingleses, va á volar á Petersburgo para denunciar la

traicion al emperador Alejandro y á sus aliados.

No inmutó esta amenaza á Kutusof, el cual perseveró en su inaccion, sea que al hielo de la edad se hubiese agregado el del invierno, y que en su cuerpo enteramente cascado, se hallaba agobiado el ánimo con el peso de tantas ruinas, sea que por otro efecto de la ancianidad, nos volvemos prudentes cuando no tenemos ya nada que arriesgar, y temporizadores cuando no tenemos ya tiempo que malograr. Parece además, que creyó como en Malo-Yaroslavetz, que únicamente el invierno moscovita era capaz de derrotar á Napoleon; que aquel ingenio triunfante de los hombres, no estaba todavía harto vencido por la naturaleza, y que era preciso dejar al clima la gloria de esta victoria, y al cielo ruso su venganza.

Reducido Miloradowitch á sí mismo, se esforzaba entonces á romper el cuerpo de batalla frances; pero únicamente sus

fuegos podian penetrarle, los cuales hicieron horribles estragos en él. Eugenio y Davoust se debilitaban, y como oian otra refriega á la espalda de su derecha, creyeron que todo lo restante del ejército ruso llegaba hácia Viazma por el camino de Iuknof, cuyo desembocadero se defendia por Ney.

No era sino una vanguardia, pero el ruido de aquella refriega á espaldas de la que sostenian, y con la que quedaba amenazada su retirada, los inquietó. Duraba ya la batalla desde las siete: debian hacerse evacuado los bagages, iba á anochecer y comenzaron á retirarse los generales franceses.

Aquel movimiento retrogrado, acrecentó el ardor del enemigo; y sin un memorable esfuerzo de los regimientos 25º, 57º y 85º, y el apoyo de una quebrada, el cuerpo de Davoust se hubiera visto cercado por su derecha, y destruido. Atacado menos vivamente el principe Eugenio, pudo efectuar con mayor cele-

ridad su retirada por medio de Viazma, pero en ella le siguieron los Rusos, los cuales habian penetrado en aquella ciudad, cuando apresurado Davoust por veinte mil hombres, y abrumado con ochenta cañones, quiso pasarla sucesivamente.

La division de Morand, trabó pelea la primera en la ciudad: iba marchando confiada, creyendo finalizada la refriega, cuando los Rusos á quienes encubrian las sinuosidades de las calles, cayeron sobre ella de repente: fue completa la sorpresa y grande el desorden; Morand sin embargo, reunió y afirmó sus tropas, renovó el combate y se abrió camino.

Compans lo terminó todo. Cerraba la marcha con su division, y sintiéndose estrechado de muy cerca por las mas esforzadas tropas de Moloradowitch, voló él mismo contra los mas encarnizados, arrollólos, y habiéndose hecho respetar con esto, acabó su retirada sosegadamente. Aquella batalla fue gloriosa para cada uno, y su resultado sensible para

todos: hubo falta de orden y union; hubiera habido suficientes soldados para vencer, á no haber habido muchos gefes: no se reunieron estos hasta las dos para concertar sus maniobras, y ademas no se ejecutaron concordemente.

Luego que por último el rio, la ciudad de Viazma, la noche, una recíproca fatiga y el mariscal Ney, nos hubieron separado del enemigo, hallándose diferido el peligro y establecidos los bivaques se contaron muchos cañones rotos, faltaban diversos bagages y cuatro mil hombres muertos y heridos. Se habian dispersado muchos soldados: Se habia salvado el honor, pero habia inmensos vacíos en las filas: hubo necesidad de acortarlo y reducirlo todo para establecer alguna union en lo que quedaba. Cada regimiento apenas formaba un batallon, y cada batallon un peloton. Los soldados no tenian ya sus puestos, sus camaradas ni sus gefes acostumbrados.

Hízose este triste arreglo al resplandor

de las llamas de Viazma incendiada, y al sucesivo estrépito de los cañonazos de Ney y Miloradowitch, cuyos zumbidos se prolongaban por medio de las duplicadas tinieblas de la noche y de las selvas. Se creyeron atacadas aquellas reliquias de valerosos soldados por muchas veces, y otras tantas se pusieron en alerta, hasta el día siguiente en que volviendo á tomar sus puestos, les dejó pasmados su escaso número.

CAPITULO XI.

Sin embargo, el egemplo de los gefes y la esperanza de volverlo á hallar todo en Smolensko, sostenia los ánimos, y especialmente el aspecto de un sol reluciente todavía, con aquella universal fuente de esperanza y vida que al parecer contradecía y desconocia cuantos espectáculos de desesperacion y muerte nos circundaban.

Pero se declara el cielo en 6 de noviembre: su azul brillante desaparece y marcha el egército envuelto en frios vapores que muy luego se ennegrecen; son bien presto una inmensa nube que descende y cae en copazos de nieve: parece que el cielo baja y se une con aquella tierra y sus enemigos pueblos, para consumir nuestra ruina. Todo permanece confuso y desconocido: mudan

de aspecto los obgetos : se anda sin saber en donde se está ni descubrir el camino, y todo es ostáculo. Mientras que el soldado se esfuerza á abrir camino por medio de aquellos remolinos de vientos y neviscas, impelidos de la borrasca, los copos de nieve se amontonan y detienen en todas las concavidades ; su superficie encubre desconocidas profundidades que se abren pérfidamente bajo nuestras pisadas ; súmese allí el soldado, y abandonándose los mas débiles, permanecen sepultados.

Los que siguen se apartan ; pero la tormenta les azota el rostro con la nieve del cielo y con la que arranca de la tierra, y parece que quiere oponerse encarnizada contra su marcha. Atácalos bajo esta forma el invierno moscovita por todas partes, y penetra al traves de sus febles ropas y roto calzado. Sus empapados vestidos se hielan sobre su propia piel, aquella cubierta de hielo coge sus cuerpos y envara todos sus miembros. Un viento

áspero y récio les corta la respiracion, apoderándose de ella al tiempo que la exhalan en forma de carámbanos que cuelgan por sus barbas alrededor de la boca.

Los desventurados van tirando todavía tiritando, hasta que la nieve que en forma de piedra se pega á sus plantas, algunos destrozos, una rama ó el cadáver de algun compañero, los hace tropezar y caer ; gímen en balde, y cúbrelos la nieve bien pronto ; algunas pequeñas eminencias los hacen reconocer : ; aquella es su sepultura ! ; Todo el camino está sembrado de estas ondulaciones como un campo fúnebre ; se conmueven los mas intrépidos ó indiferentes ; pasan rápidamente apartando sus miradas, pero todo es nieve por delante y alrededor de ellos ; piérdese su vista en aquella inmensa y triste uniformidad ; la imaginacion permanece atónita, es como una grande mortaja con que la naturaleza envuelve al egército ! Los únicos obgetos que se desprenden de ella son algunos ábetos

ópacos, varios árboles de sepulcros con su fúnebre verde, y la agigantada inmovilidad de sus negros troncos, y la suma tristeza que completa aquel desconsolado aspecto de un luto general, de una naturaleza salvaje, y de un ejército moribundo en medio de una naturaleza muerta.

Todo, hasta sus armas ofensivas todavía en Malo-Yaroslavetz, pero únicamente defensivas despues, se volvió contra ellos mismos. Parecieron un insoportable peso para sus entorpecidos brazos, se les escapaban de las manos en las frecuentes caídas que daban, y se rompian ó perdian las armas en la nieve. Si el soldado volvía á levantarse, era sin ellas, porque no las arrojó nunca, sino que el hambre y frío se las arrancaban. Los dedos de otros infinitos se helaron en el fusil que empuñaban todavía y que les robaba el necesario movimiento para conservar en sus manos una reliquia de calor y de vida.

Encontróse muy prontamente una multitud de hombres de todos los cuerpos, tan pronto solitarios como en cuadrillas. No habian desertado bajamente de sus banderas, sino que el frío y desfallecimiento los habian separado de sus columnas. Se habian separado los unos de los otros en aquella general é individual lucha, y ételos aquí desarmados, vencidos, indefensos, sin gefes y no obedeciendo mas que al egecutivo instinto de su propia conservacion.

Atraidos los mas por la vista de algunos senderos laterales, se dispersan por los campos con la esperanza de hallar allí pan y un albergue para la noche que va aproximándose, pero en su primer tránsito, todo quedó asolado en una latitud de ocho leguas, por lo cual no encuentran mas que Cosacos y una poblacion armada, que los rodean, hieren, despojan y dejan con feroces risas, expirando enteramente destruidos sobre la nieve. Sublevados aquellos pueblos por Alejandro

y Kutusof, y que no supieron entonces, como posteriormente, vengar con nobleza una patria que ellos no habían podido defender, flanqueaban al ejército por ambos lados con la ayuda de los montes. A cuantos no han acabado con sus picas ó hachas, vuelven á traerlos á la adversa y voraz calzada.

¡Llega entonces la noche, una noche de diez y seis horas! Pero en aquel camino que lo cubre todo, no sabe uno en donde pararse, sentarse, descansar ó hallar alguna raiz para sustentarse y leña seca para encender la lumbre. Sin embargo, la fatiga, obscuridad y repetidas órdenes detienen á los que sus fuerzas morales y físicas, y los esfuerzos de los gefes han mantenido juntos. Se trata de establecerse, pero la borrasca, siempre activa, dispersa los primeros preparativos de los acampamentos. Los ábetos muy cargados de escarcha se resisten obstinadamente á las llamas, la nieve que sostienen, la del cielo cuyos copos se suceden con suma celeridad, la de

la tierra, que se deshace con los esfuerzos de los soldados y por un efecto de las primeras lumbres, apagan aquellas lumbres, las fuerzas y los ánimos.

Cuando triunfante por último la llama, se levantó en el aire, aderezaron alrededor de ella los soldados y oficiales sus tristes comidas, eran piltrafas flacas y sangrientas de carne arrancadas de algunos caballos caídos, y en cortísima cantidad; algunas cucharadas de harina de centeno, desleida en agua de nieve. Diversas ringleras circulares de soldados muertos tiesos en el sitio, señalaron en el siguiente día los bivagues, las inmediaciones estaban plagadas de muchos millares de caballos muertos.

Comenzamos á contar menos desde aquel día los unos con los otros. En aquel ejército vivo, capaz de todas las impresiones, y discursivo por efecto de una adelantada cultura, se introdujo prontamente el desorden, y se comunicaron con celeridad el abatimiento é indisciplina,

por caminar desmesuradamente la imaginacion tanto en lo bueno como en lo malo. Desde entonces á cada bivaque, á todos los malos pasos, á cada instante se separó de las tropas todavía arregladas alguna porcion que se desordenó. Hubo sin embargo algunos que resistieron á este sumo contagio de indisciplina y de abatimiento, estos fueron los oficiales, sargentos y cabos, con los soldados tenaces. Los cuales fueron unos hombres extraordinarios, se animaban repitiendo el nombre de Smolensko, cuya inmediatecion conocian y en donde se les habia prometido todo.

De este modo despues de aquel diluvio de nieve y aumento de frio que esta vaticinaba, cada uno, tanto gefe como soldado, conservó ó perdió su entereza de ánimo, segun su genio, edad ó complexion. El gefe nuestro, que se habia manifestado hasta entonces el mas rígido en la observancia de la disciplina, no fue ya un hombre idóneo para las circunstancias, porque separado de todas sus ideas de regularidad,

orden y método, se abandonó á la desesperacion á la vista de tan general desorden, y juzgándolo todo perdido, antes que los otros, se halló dispuesto el mismo á abandonarlo todo.

De Gjatx á Mikalewska, aldea entre Dorogobouje y Smolensko, no acaeció cosa notable en la columna imperial, excepto que hubo precision de echar los despojos de Moscou en el lago de Semlewo, en cuyas aguas se arrojaron varios cañones, armaduras antiguas, adornos del Kremlin y la cruz del Gran-Ivan: trofeos, gloria, y todos aquellos bienes á los cuales todo lo habiamos sacrificado, se nos hacían gravosos; no tratábamos ya de hermohear y adornar nuestra vida, sino de salvarla. En aquel grande naufragio, el egército, al modo de una nave batida de la mas horrenda borrasca, arrojaba sin vacilar, á aquel mar de hielos y nieves, cuanto podia hacer mas pesada ó retardar su marcha.